

Nosotros, **los no-escritores**

Lorena Chanes nació en Montevideo (Uruguay) el 1 de noviembre de 1984. Vino a vivir a España (El Masnou, Barcelona) con sus padres y hermana en 1990. Ha vivido en París, Madrid y París de nuevo, donde hoy reside. Es licenciada en Física por la Universidad de Barcelona y en la actualidad está cursando el «PhD program» de la École de Neurosciences de París. Su novela *Nosotros, los no-escritores* ha merecido el XV Premio de la Universidad de Sevilla.

Nosotros, los no-escritores

LORENA CHANES

punto de lectura



© 2010, Lorena Chanes
© De esta edición:
2010, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2419-9
Depósito legal: B-12.951-2010
Impreso en España – Printed in Spain

© Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera
© Imagen de cubierta: Getty Images

Primera edición: abril 2010

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

«Estamos absurdamente enganchados
al milagro de algunos signos escritos
capaces de contener una imagen inmortal.»

VLADIMIR NABOKOV

Una vez dentro, el individuo ha encontrado, de manera más o menos definitiva, su vocación. Y ya no podrá ser otra cosa. Podrá ser fotógrafo o dentista, mendigo, dueño, bueno o malo, incluso libre, pero no podrá elegir el final.

A partir del momento en que desaparecen los síntomas del nacimiento, su existencia en las entrañas del hombre o la mujer se desarrolla en silencio, pasa inadvertida, de modo que resulta imposible diferenciar a un potencial no-escritor de una persona normal.

1. Procesos de la no-escritura

Cuando le conocí, los dos creíamos haber perdido algo. No parecía de los que beben solos, sino de los otros, de los que piensan que cuando uno empieza a emborracharse en soledad tiene un problema. Y sin embargo aquel día, en aquel bar casi subterráneo de la calle Aragón, bebía solo y aunque no sé muy bien qué, había en él algo de impostura que le impedía parecer un borracho corriente, que le impedía convertirse en el personaje de la novela que por aquel entonces yo perseguía. Él había perdido un clásico, una chica. Yo el sueño de escribir literatura, y no lo recuperaría hasta mi encuentro con los no-escritores, que tantos éxitos no-escribieron.

No recuerdo qué hacía yo allí solo, seguramente había ido a hacerle una visita a Mina. Acababa de llegar de Sevilla y no conocía a nadie en la ciudad. Lo primero que me dijo fue que sí,

que efectivamente el recuerdo de la noche anterior era turbio y probablemente inexacto y contradictorio pero que había dos cosas que él recordaba perfectamente: que había dormido acompañado y que había despertado solo. Después, me dijo, había algunas otras cosas de las que estaba prácticamente convencido, aunque en aquel momento, con la mirada perdida en las botellas de la repisa y perdida ya la cuenta de whiskys encima, no se atrevía a asegurar, como que había topado con la mujer más hermosa del mundo o que su portátil y el último disco de Kenny G. habían desaparecido de su apartamento.

Me sacaba al menos diez años. A su lado, en la barra, yo debía de parecerle un niño. Era un tipo delgado y de ojos pequeños, aparentemente sano y equilibrado y seguramente sano y equilibrado. Le solté algún tópico. Que con las mujeres nunca se sabe o que el tiempo lo cura todo. Él no me hizo mucho caso de todos modos, pagó sus copas y se marchó al cabo de un rato sin despedirse.

Cuando Mina me contó lo poco que sabía acerca de Mario Sala, decidí aferrarme a ese clavo

ardiente y depositar en él mi muy maltrecha y prematuramente venida a menos vocación literaria.

Mario Sala había publicado una única novela de la cual se habían vendido apenas un millar de ejemplares. Había ganado algunos concursos. Había publicado cuentos en algunas revistas. No vivía de la literatura. El maestro perfecto, pensé. Así que lo esperé durante algunas tardes en el bar de Mina, hasta que un día apareció con su bicicleta roja plegable bajo el brazo y un aspecto que ya en nada se parecía al del personaje que yo hubiera querido inventar entonces.

Aquella tarde, ante el continuo ir y venir de Mina al otro lado de la barra, me puso al corriente de su historia con la mujer más hermosa del mundo. A veces viene bien charlar con un desconocido.

En algún momento, Mina nos dio la espalda buscando una botella y el arcángel de tinta pareció supervisar nuestra conversación desde su hombro derecho. Cuando el arcángel dejó de observarnos o cuando yo dejé de observar el hombro de Mina, le dije a Sala que había venido a Barcelona a escribir y que desde mi llegada no había escrito nada más que un poema titulado «Café como si fuera lunes».

—¿Y cómo supiste que lo único que yo quería en la vida era un discípulo?

—¿Cómo? No entiendo.

Sala se echó a reír. Ni siquiera me pidió que le leyera «Café como si fuera lunes».

2. Las persianas del tiempo

Está bien, puede que el disco se lo haya prestado a Jose y esté en su casa, pero el portátil estaba sobre la mesa del salón, de eso no cabe duda.

Si se ponía a pensarlo detenidamente, le daban igual el portátil y el disco. La mujer más bella del mundo se había ido en silencio y sin despedirse, con su ordenador portátil bajo el brazo, es cierto, pero sin despedirse al fin y al cabo, sin dejar una nota, un nombre, un teléfono y eso era terrible. Un drama, terrible hecatombe, una auténtica catástrofe.

Había bebido demasiado. Con lo que en aquellos momentos catalogó de extraordinaria capacidad de síntesis logró resumir al desconocido que bebía a su derecha lo que había ocurrido la noche anterior. Pero el desconocido era un chico de veintipocos años que apenas acertó a soltar algún tópico y los tópicos no suelen ser un consuelo para las cosas importantes.

Cóbrate, le dijo a Mina que, con cara gatuna y voz dulce y firme, hacía funcionar aquel reino de tragos y excesos donde solían reunirse creativos, modestos cineastas y algún actor semidesconocido que de vez en cuando traía coca para todos.

Al llegar a casa se dejó caer sobre el sofá y con la mirada puesta sobre el televisor apagado del salón, imaginó otros posibles finales para la noche anterior. La clásica nota sobre la mesita de luz, por ejemplo, o un número de teléfono escrito con pintalabios en el espejo del baño. O un rastro. Un tanga o un pendiente. Entonces reparó por primera vez en la segunda parte de la tragedia que había precipitado la mujer hermosa: la novela, la novela que estaba escribiendo estaba en la memoria del portátil desaparecido. Mierda.

Pero más valía olvidarse de intentar encontrar el ordenador y a quien se lo había llevado. Sólo sabía de ella que era canadiense, de Quebec. De lo demás, había tenido que conformarse con lo que saltara a la vista o fuera mínimamente intuible, porque ella apenas había hablado de sí misma y había sido él quien había llenado con

pequeños discursos sobre sí mismo los silencios incómodos de la noche.

Sin embargo, siempre algo puede percibirse en los ojos de la gente si uno presta atención, y Sala había contemplado a la mujer hermosa durante horas. Y así, si algo había podido entrever en sus ojos y en la normalidad con que hablaba de todo y en su manera de reconducir las conversaciones hacia el surrealismo y mezclarlo con la realidad hasta tener entre manos una masa moldeable y uniforme, era la locura. Una locura no necesariamente patológica, no necesariamente intimidante o destructiva sino más bien inocente y consciente de sí misma. La vida no se detiene por una loca. Es así, no se detiene, aunque se trate de una loca hermosa.

Al mirar por la ventana la intensidad de la luz reconoció el declive de otra tarde perdida, y a esa hora en que las nubes absorben los últimos rayos de sol, para Sala, las ganas de coger un tren eran irrefrenables. No siempre se puede. A veces se está lejos de la estación más próxima, o en mitad de una reunión o a medio preparar la cena, pero aquella tarde, sentado en el sofá contemplando el vuelo

bajo de la cortina, no había excusa posible. Arco de Triunfo a cinco minutos caminando.

No se podía decir que su vida fuera desordenada. Lo que ganaba con sus cuentos en concursos o pequeñas publicaciones en alguna revista literaria le permitía el poder prescindir de un empleo fijo. Cuando el dinero no alcanzaba, José le conseguía trabajo por unos días en la fábrica, donde siempre hacía falta gente y la mayoría de tareas se componían de apenas dos o tres operaciones distintas que debían repetirse en el mismo orden durante horas. El cuerpo las asimilaba enseguida y uno podía echarse a hablar con el compañero o llevarse una pequeña radio y escuchar música o las noticias.

No me gusta esta estación enterrada. Siempre que llego estoy solo y casi siempre es domingo. Siempre necesitaba un viaje largo aquel día, hasta el final de la línea, y comprobar una vez más que el tren tiene cierto poder sobre el mar, aunque la idea poética que uno tiene del mar, como ente inmenso y libre, pudiera llevar a pensar lo contrario. Cuando se viaja en uno de los trenes de cercanías que bordea la costa, puede verse cómo es el tren quien moldea y dirige las olas al son de una batuta mágica y eso me tranquiliza, le decía

a Jose cuando éste le preguntaba acerca de sus viajes aparentemente estériles a Blanes, Calella o Santa Susanna. Me devuelve la fe en que las cosas no se ponen siempre de parte de lo poético.

El día estaba nublado, y desde el tren podía verse el mar fundirse con el cielo como presagio de una presencia amenazadora. Sala cerró los ojos un momento, esperando encontrar al abrirlos la materialización de ese destino terrible. Pero al abrir los ojos todo seguía tranquilo y gris, y la única amenaza que encontró fue el mar nacarado que parecía a punto de escupir una perla enorme y perfecta.

La carcajada de Jose Lozano al conocer la noticia del robo resonó en toda la escalera. Sala no se reía y se limitó a aguantar el tipo y esperar a que a su amigo se le pasara la risa y lo invitara a pasar.

No era una amistad longeva la que había entre ambos, tampoco reciente. En algún momento se habían reconocido el uno al otro como la mejor compañía posible y eso había hecho nacer conversaciones espléndidas, noches memorables.

Los dos se habían encontrado ajenos en una ciudad que les tendía unos brazos como lenguas, tan largos y húmedos y desconocidos que no

entendieron si el abrazo que se les venía encima iba a ser tierno u ofuscante.

La risa de Jose se fue calmando hasta convertirse en un hipo apenas perceptible y una sonrisa cómplice. La distribución del apartamento era exacta a la del apartamento de Sala. Sala vivía en el segundo, Jose simétricamente en el cuarto, aunque su apartamento parecía más amplio por encontrarse más vacío y miles de discos y una guitarra sustituían a los cientos de libros que se amontonaban caóticamente en el apartamento de Sala. En el de Jose, en cambio, dos únicos ejemplares a la vista: Frankenstein y un libro de Faulkner que le había regalado por su cumpleaños una periodista de pacotilla amiga suya.

Ya acomodados en el sofá, Sala seguía mirándolo, esperando que su amigo hiciera o dijera algo más de lo que había hecho hasta entonces, es decir, reírse.

—Joder, Mario, el disco de Kenny no lo tengo yo, lo juro —el marcado acento granadino enlazaba unas palabras con otras e inducía en su hablar un ligero canturreo.

—¡Qué me importa a mí el disco ahora! Te digo que no hay manera de volver a verla.

—Está bien. Cálmate.

—Tiene que haber algún modo de encontrarla.

—Se llevó tu ordenador, Mario. Se largó. No quiere que la busques y menos que la encuentres. Además, lo mejor que puede hacer uno cuando amanece es desaparecer. Es más fácil así. Olvídate de ella, compañero.

Como si fuera tan sencillo. Como si a Sala fuera a bastarle con desearlo o con bailar alrededor de una hoguera invocando a algún dios piadoso para olvidar a la mujer más hermosa del mundo.

—Prepararé algo de cena —dijo Jose, y se metió sin más en la diminuta cocina del apartamento. Cuando Jose cocinaba, Sala leía el periódico y en esa suerte de ritual autoimpuesto ninguno de los dos hablaba hasta que se encontraban ya sentados cómodamente en el sillón con un plato de lentejas en la mano, porque Jose adoraba las lentejas y las preparaba siempre y de muy diversas maneras.

En aquella ocasión, sin embargo, Sala no leyó y guardó secretamente la esperanza de que Jose hubiera preparado cualquier otra cosa hasta

que le vio aparecer en el salón con dos platos de lentejas a la jardinera.

Era algunos años más joven que Sala, más alto y más delgado, muy delgado en realidad, y arras-traba consigo armoniosamente la esencia de la época del rockabilly. Con un tupé impecable y pantalón de pitillo, había aterrizado en el mundo con medio siglo de retraso, cuando ya algunos de los grandes roqueros habían muerto de sobredosis.

Ya tarde y un poco mareados por el vino, por no dejar que la obsesión de Sala por la ladronzuela hermosa siguiera creciendo desmesuradamente entre aquellas cuatro paredes, salieron a ver qué les deparaba la noche.

Y descubrieron con asombro que se habían acostumbrado al mar, y al reflejo en el mar de las luces primeras, que los recibía a veces descalzos en la arena después de una noche como aquélla en que salían y la calle Marina y una sucesión interminable de bares los empujaba hasta la playa, donde el agua se arrastraba intermitentemente a sus pies durante horas.